

EL PODER DE LOS
NOMBRES DE DIOS

Libros de Tony Evans publicados por Portavoz:

Alcanza la victoria financiera

¡Basta ya de excusas!

Entre la espada y la pared

El matrimonio sí importa

Nunca es demasiado tarde

El poder de la cruz en tu vida

El poder de los nombres de Dios

Solo para esposas

Solo para esposos

Sexo... una relación diseñada por Dios

Tu destino

Victoria en la guerra espiritual

EL PODER DE LOS
NOMBRES DE DIOS

TONY EVANS



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Power of God's Names*, © 2014 por Tony Evans y publicado por Harvest House Publishers, Eugene, Oregon 97402. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *El poder de los nombres de Dios*, © 2015 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la *Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente*, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “LBLA” ha sido tomado de *La Biblia de las Américas*, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Las cursivas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Dr. NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5612-1 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6407-2 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7928-1 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 24 23 22 21 20 19 18 17 16 15

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

*Dedico este libro, con toda mi gratitud,
a Doug McIntosh,
por su influencia en mi vida
y en mi formación bíblica.*

*Pero yo revelaré mi nombre a mi pueblo,
y llegará a conocer mi poder.*

ISAÍAS 52:6 NTV

Contenido

| | |
|--|-----|
| Introducción | 11 |
| 1. La majestad de los nombres de Dios | 13 |
| Parte 1: Los nombres fundacionales de Dios | |
| 2. <i>Elohim</i> : El Dios creador poderoso | 27 |
| 3. <i>Jehová</i> : El Dios relacional..... | 43 |
| 4. <i>Adonai</i> : El Dios que gobierna | 57 |
| Parte 2: Los nombres compuestos de Dios | |
| 5. <i>Jehová-jireh</i> : El Señor, nuestro proveedor | 75 |
| 6. <i>Jehová-tsabá</i> : El Señor, nuestro guerrero | 87 |
| 7. <i>Jehová-shalom</i> : El Señor es paz..... | 103 |
| 8. <i>Jehová-rohi</i> : El Señor es mi pastor | 117 |
| 9. <i>Jehová-nisi</i> : El Señor es mi estandarte..... | 131 |
| 10. <i>Jehová-mekoddishkem</i> : El Señor que santifica | 143 |
| 11. <i>Jehová-rafa</i> : El Señor que sana..... | 157 |
| 12. <i>Jehová-tsidkenu</i> : El Señor, nuestra justicia..... | 169 |
| 13. <i>El-elión</i> : El Dios Altísimo | 179 |
| 14. <i>El-shaddai</i> : El Dios Todopoderoso | 191 |
| Parte 3: El nombre encarnacional de Dios | |
| 15. <i>Emanuel</i> : Dios con nosotros | 201 |
| Apéndice 1: Jesús desde Génesis a Apocalipsis..... | 211 |
| Apéndice 2: Una lista extensa de los nombres y los títulos de Dios..... | 215 |

INTRODUCCIÓN

¿Qué hay en un nombre?
Muchas cosas. Sobre todo cuando hablamos de conocer a Dios por medio de sus nombres. Llegar a conocer a Dios mediante sus nombres es más que simplemente aprender un nuevo término o descubrir un título nuevo que le define. Aprender a conocer a Dios por medio de sus nombres abre la puerta para conocer más a fondo su carácter y experimentar su poder con mayor profundidad.

En las Escrituras, Dios se nos revela por medio de sus nombres. Por lo tanto, para comprender plenamente la importancia y el poder de los nombres de Dios, primero hemos de entender la importancia que tenían los nombres en las culturas antiguas. En la época del Antiguo Testamento, un nombre era más que una simple forma de nomenclatura; revelaba información importante sobre el individuo o el objeto en sí mismo.

En el entorno bíblico, un nombre es tan importante que las Escrituras mencionan frecuentemente que el propio Dios cambió el nombre de alguna persona para reflejar una nueva realidad. Abram, que significa “padre exaltado”, se transformó en Abraham, que significa “padre de una multitud”. Jacob, cuyo nombre significa “el que aferra por el talón” y “engañador”, recibió un nombre nuevo después de pelear con Dios. Su nuevo nombre, Israel, significa “el que prevalece”. En el libro de Oseas, Dios cambió los nombres del hijo y de la hija del profeta, para señalar cambios en la relación de Dios con el pueblo. Lo-ammi (“no mi pueblo”) se convirtió en Ammi (“mi pueblo”), y Lo-ruhama (“la que no recibe compasión”) se transformó en Ruhama (“aquella que es compadecida”) (Os. 1:6-9; 2:1, 23).

Si pasamos al Nuevo Testamento, vemos a Jesús diciéndole a Simón, su nuevo discípulo: “Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás Cefas (que quiere decir, Pedro)” (Jn. 1:42). Lo importante es que el término griego traducido “Pedro” es *petros*, que significa “roca”.

En las Escrituras, a menudo un nombre connota propósito, autoridad, personalidad y carácter. De hecho, a menudo el nombre de una persona se considera equivalente a ella.

Cuando Jesús dijo: “Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún” (Jn. 17:26), se refería a algo más que a un conjunto de sonidos combinados en una palabra. En Jesús, Dios vino al mundo en la carne, y desveló su corazón, mente, voluntad, carácter y ser por medio de la revelación de su nombre.

En la Biblia, “nombre” es la traducción de la Palabra hebrea *shem* (en el Antiguo Testamento), y del término griego *onoma* (en el Nuevo Testamento). En total, “nombre” aparece más de mil veces en las Escrituras, y transmite la idea de poder, responsabilidad, propósito y autoridad. Un nombre no solo expresa la esencia y la importancia de lo que se nombra, sino también, cuando se autoriza debidamente, accede a la cualidad que transmite.

Debido a la profundidad del carácter de Dios, Él cuenta con diversos nombres que reflejan las diversas maneras en que se relaciona con la humanidad. Por ejemplo, a Dios se le llama *Elohim* cuando se revela como el Creador Todopoderoso. Es *Jehová-nisi*, la bandera de victoria del Señor (un nombre que debes conocer cuando busques la victoria en tu vida). A Dios se le conoce también como *Jehová-rafa*, o “el Señor que sana”. Cuando necesitas provisión, debes conocer el nombre *Jehová-jireh*, “el Señor proveerá”.

Dios tiene un nombre para cada circunstancia en la que nos encontramos. Hemos de aprender los nombres de Dios porque, cuando conocemos su carácter y su poder, hallamos reposo y descubrimos paz y poder en su cuidado de nuestras vidas, al que se ha comprometido mediante un pacto.

LA MAJESTAD DE LOS NOMBRES DE DIOS

Los nombres *son* importantes. Los nombres de lugar a menudo identifican la importancia histórica de una localidad. Por ejemplo, seguramente sabes que el nombre Filadelfia significa “la ciudad del amor fraternal”. Jerusalén significa “la ciudad de la paz”. Es posible que los sucesos actuales en esas ciudades no reflejen el significado de sus nombres, pero, a pesar de todo, los nombres son importantes cuando consideramos el pasado o el futuro.

De igual manera, los nombres de las personas a menudo nos ofrecen pistas sobre su identidad. Cuando, en Estados Unidos, una mujer recién casada sustituye su apellido por el de su esposo, manifiesta su disposición a comprometerse, ella y la misma esencia de su identidad, con el hombre al que ama. Un niño adoptado adquiere una nueva identidad al hacer suyo el apellido de sus nuevos padres.

Hoy día, los padres a menudo eligen nombres para sus bebés atendiendo a su sonido antes que a su significado, de modo que, con frecuencia, se añade luego un apodo que refleja el carácter de la persona. Si alguien tiene el apodo de Slim (“delgado”), puedes estar casi seguro de que se trata de una persona esbelta. Así, los apodos nos dicen a menudo más de las personas que sus propios nombres.

Los nombres son tan poderosos que hay algunos que los padres evitan ponerles a sus hijos. Por ejemplo, no vemos que nadie ponga el nombre de Hitler o Benedict Arnold a su hijo, porque esos nombres representan a personas tan nefastas que nadie quiere asociar a un niño inocente con estos nombres. Los nombres son importantes. De hecho, lo son tanto que a menudo nos sentimos deshonrados o insultados si alguien se dirige a nosotros usando un nombre que

no es el nuestro o se equivoca al pronunciar nuestro nombre una y otra vez.

Aunque los nombres son importantes, también hemos de decir que una persona puede tener un nombre y carecer de la cualidad asociada con este. Por ejemplo, durante la pasada década, algunos padres pusieron a sus hijos el nombre de Michael Jordan, esperando que, de alguna manera, aquellos conectarían con su gran capacidad deportiva. Algunos han llamado a sus hijos Bill Gates, con la esperanza de asociarlos con su inmensa riqueza. Es curioso, pero hay gente en África que me ha enviado fotos de sus hijos ¡llamados Tony Evans! Pero ¿el hecho de llevar el nombre de una persona realmente transmite algo de valor?

No. Un niño puede llevar el nombre de una persona famosa, pero eso no hará que el niño manifieste las cualidades de aquella. Un niño llamado Michael Jordan puede ser torpe y carecer de coordinación. O puede llamarse Bill Gates y ser tan pobre y falto de imaginación como el que más. El nombre por sí solo no reviste un poder especial. La nomenclatura no equivale a la esencia. Sin embargo, cuando ese nombre *está* conectado con la cualidad que representa, el resultado es poderoso.

No nos debe extrañar que, de Génesis a Apocalipsis, la Biblia demuestre el poder de un nombre. Buena parte de los casos tiene que ver con los nombres de Dios. Si tuviera que escribir un capítulo sobre todos y cada uno de los nombres de Dios que aparecen en las Escrituras, la obra ocuparía varios volúmenes.

Dios nos revela muchos de sus nombres para que podamos tener diversas ideas de quién es Él. Un nombre, por sí solo, no puede representar plenamente la majestad y el poder de Dios. Un nombre solo no puede decirnos completamente todo lo que necesitamos saber sobre esa persona a la que nos referimos diciendo “Dios”.

Después de más de cuatro décadas de ministerio y seis de vida, cada vez estoy más convencido de que Dios anhela que le conozcamos con mayor profundidad. Desea que todos le conozcan como es Él de verdad. Cuando le conocemos de verdad, cuando entendemos y experimentamos la profundidad de su bondad y de su poder, nuestros corazones se abren para alabarle.

Conocer los nombres de Dios es esencial para que comprenda-

mos y apliquemos la fortaleza y la victoria que proceden de su naturaleza multidimensional. Dios quiere que nos encontremos cara a cara con su importancia y su sustancia.

Sin embargo, hacer esto requiere conocer sus nombres. De hecho, a lo largo de la Biblia, cuando Dios revelaba a su pueblo un aspecto nuevo de su carácter, a menudo lo hacía revelándoles un nombre nuevo. Dios tiene un nombre para satisfacer las necesidades de cualquier circunstancia a la que nos enfrentemos en la vida. Sea cual sea nuestra situación actual, Dios tiene un nombre que encaja con ella.

Cuando Dios pidió a Moisés que guiara a los israelitas sacándolos de una situación difícil y angustiada, capacitó a Moisés revelándole uno de sus nombres. Moisés sabía que no podía presentarse ante los israelitas con la autoridad de su propio nombre. “Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?” (Éx. 3:13). Moisés precisaba conocer el nombre de Dios. Sabía que el poder y la autoridad de Dios estaban ligados a su nombre.

Fue en ese momento cuando Dios reveló uno de los grandes nombres de las Escrituras. “Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros” (v. 14). Dios, el gran YO SOY, se manifestó en Egipto para traer libertad a los cautivos y vencer a los enemigos que pretendían impedir que el pueblo de Dios alcanzase su destino.

La llave para acceder al tesoro

Tengo la esperanza de que, a lo largo de este libro, por medio de los nombres de Dios le conozcas como si fuera la primera vez. Llegarás a conocerle de maneras que antes ignorabas. No solo espero que aprendas a pronunciar algunos de sus nombres, sino más bien que comprendas a fondo la naturaleza subyacente en cada uno de ellos. Cuando identifiques y comprendas qué nombre se relaciona con tu situación concreta, podrás conectarte con el poder de Dios para librarte en esa circunstancia.

El nombre de Dios es como una llave que abre el tesoro que Dios tiene guardado para ti. Las Escrituras nos dicen: “Torre fuerte es el nombre de *Jehová*; a él correrá el justo, y será levantado” (Pr. 18:10).

Su nombre por sí solo es una fortaleza que ofrece libertad, seguridad y paz. El salmista nos dice: “Redención ha enviado a su pueblo; para siempre ha ordenado su pacto; santo y temible es su nombre” (Sal. 111:9).

Dios es tan increíble que tiene un nombre adecuado para cualquier situación a la que te enfrentes. Sus nombres, además, transmiten atributos o características específicas de Dios que pueden fortalecer y darte poder en tu circunstancia. Cuando descubras el nombre de Dios aplicable a tu situación, descubrirás plenamente el poder, la potencia, el privilegio y la productividad que acompañan a ese nombre.

Su majestad

El Salmo 8 empieza con una frase muy conocida y citada a menudo: “¡Oh, *Jehová*, Señor nuestro! ¡Cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra!”. Los nombres de Dios transmiten su majestad y su gloria intrínsecas. ¡Su nombre es nada menos que la majestad pura! Descubrir y experimentar la manifestación de sus nombres en tu propia vida te introducirá directamente a la presencia de nuestro Dios majestuoso.

Cuando David escribe “cuán glorioso es tu nombre”, no quiere decir simplemente “Dios, conozco tu nombre”. Más bien dice: “Tu nombre es excelente”. “Glorioso” significa “lleno de esplendor y de magnificencia”. Y a continuación prosigue con la frase “has puesto tu gloria sobre los cielos”.

Hace poco, Lois y yo hicimos un viaje a Alaska acompañados por varios cientos de patrocinadores de nuestro ministerio de radio, *The Urban Alternative*. Alaska es uno de nuestros lugares favoritos debido sencillamente a su naturaleza relajante y a su belleza inspiradora. Sin embargo, en este viaje pasó algo poco habitual. De hecho, uno de los guías del viaje, que había trabajado en más de 90 cruceros, definió ese viaje concreto como “un viaje para ateos”. Lo dijo porque nunca había participado en un viaje en el que el clima fuera más perfecto. Cada día Dios parecía estar presumiendo del esplendor de su majestad. De hecho, el tiempo se mantuvo tan bueno y los cielos tan despejados, dando así a cada pasajero una visión plena de la creación de Dios, que aquel hombre dijo: “Si alguien que

fuera ateo participase en este viaje, al volver a casa no podría seguir siéndolo”.

En el Salmo 8, David reaccionó ante la creación de Dios diciendo: “Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?” (vv. 3-4).

Básicamente, cuando David alzaba los ojos al cielo, se sentía impresionado al ver la creación de Dios. Cuando reconocía la majestad del nombre de Dios, olvidaba la suya propia. Pero lo que más me impacta de este versículo concreto es que David optó por usar las palabras “obra de tus dedos”. El uso de la anatomía humana para describir a Dios se llama “antropomorfismo”. David otorga a Dios atributos humanos para que le entendamos mejor. Dado que Dios es un Espíritu invisible, a veces inspiró a los escritores de la Biblia para que le describiesen en términos humanos, para darnos una imagen mejor de su persona. En este caso, David escribió que solo necesitó sus dedos para hacer la obra maravillosa del universo.

Cuando tú o yo agarramos algo, normalmente usamos toda la fuerza de nuestras manos. Decirte que agarré algo solo con mis dedos supone decirte que no necesité usar toda la mano. Cuando David nos dice que Dios creó con sus dedos la belleza que nos rodea, subraya que Dios no necesitó sus manos, brazos, hombros... nada de eso. Para Él fue como pintar con los dedos, y lo que Dios pinta con sus dedos es más glorioso que cualquier cuadro al óleo.

En nuestro viaje, Dios nos ofreció solo un atisbo de su creación, y nos dimos cuenta de que la belleza que contemplábamos suponía una parte pequeña del mundo y del universo. Sin embargo, esa pequeña visión fue casi demasiado para que la asimilaran nuestros ojos.

Sencillamente, no era posible negar la obra de Dios cuando Él nos abrió los cielos para que viésemos la belleza prístina y maravillosa de sus glaciares, montes, lagos, ríos y fauna salvaje, todo bañado por la pura luz del sol.

Los paisajes así nos dejan pasmados. Después de todo, ¿a quién vemos al contemplar tamaña majestad? Su grandeza nos sugiere pensamientos como los de David: “¿Qué es el hombre, para que en él pienses? ¿Qué es el ser humano, para que lo tomes en cuenta?” (Sal. 8:4, NVI). Nos trae a la mente palabras como las de Job: “He

aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca” (Job 40:4).

En el Nuevo Testamento, Jesús nos dice que a menudo Dios revela sus maravillas, su excelencia y su esplendor a quienes tienen corazones de niño. Son ellos quienes reciben ojos que pueden ver la majestad de Dios. Son las personas que se tapan la boca con las manos mientras sus corazones lanzan un “¡Oh!” tremendamente profundo. Jesús dice: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños” (Mt. 11:25).

En el Salmo 8 también leemos: “De la boca de los niños y de los que maman, fundaste la fortaleza” (v. 2). Los niños y los bebés representan a las personas que admiten su dependencia de Dios. Son aquellas a quienes su propio ingenio, su sabiduría y su astucia no les impresionan hasta el punto de que les impida ver la maravilla del propio Dios.

Amigo, si crees que lo tienes todo controlado o tienes una opinión alta de tus éxitos o tus logros humanos, cuando acabes este libro quizá sepas pronunciar los nombres de Dios, pero no es probable que experimentes el poder de esos nombres en tu vida. La majestad de Dios está reservada para quienes saben lo bastante como para saber que no saben mucho.

Conocer los nombres de Dios es experimentar su naturaleza, y ese grado de intimidad está reservado para personas que dependen humildemente de Él. Dios no compartirá su gloria con otro. Si realmente queremos conocerle, debemos humillarnos. Debemos ser conscientes de nuestra insignificancia antes de reconocer el significado que solo procede de Él. Hemos de santificar su nombre, y solo su nombre. No puedes conocer sus nombres hasta que olvides el tuyo propio.

Santificado sea tu nombre

De hecho, el Padrenuestro empieza diciendo: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre” (Mt. 6:9). Los términos “santificado” y “santo” proceden de la misma raíz. Significan “apartar o consagrar”. Por lo tanto, el nombre de Dios es santificado así. En otras palabras, no podemos mezclar el nombre de Dios con

el de ningún otro ser. No debemos apilarlo con los demás ni usar su nombre a la ligera. Los nombres de Dios son santificados. Debemos honrarlos, respetarlos y tratarlos con la reverencia que merecen.

Por ejemplo, si el presidente de Estados Unidos o el gobernador de tu estado entrara en una habitación, sin duda que no te dirigirías a él usando su nombre de pila. Su cargo merece cierto grado de reconocimiento. No le dirías: “Eh, colega, ¿qué tal?”. Situarías su título delante del nombre y le hablarías con respeto.

Los nombres de Dios hay que tratarlos con más respeto que el que le mostramos a cualquier otra persona. No debemos santificar solamente la verbalización de sus nombres, sino también las características que transmiten. Su nombre tiene un peso específico. Él es el Dios único y verdadero, que obra desde los cielos, y debemos tratarle como tal para poner en práctica y experimentar plenamente el poder que Él desea proporcionarnos.

Lo opuesto a esta idea la hallamos en los Diez Mandamientos, donde leemos: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano” (Éx. 20:7).

Tomar el nombre de Dios en vano es lo opuesto a santificarlo. La palabra “vano” significa “vacío, sin significado”. Describe algo que carece de sustancia o que incluso es perjudicial. Tiene que ver con usar el nombre de Dios de un modo que no encaja con su condición de persona. Conlleva eliminar el valor que pertenece a su nombre.

Lamentablemente, hoy día muchas personas privan de su sentido al nombre de Dios. Hacen chistes con su nombre, o incluso lo falsifican. Una falsificación es el uso no autorizado de un nombre. Aspira a obtener los beneficios y la provisión que acompañan a un nombre, pero sin tener el permiso o la autoridad para utilizarlo. Hoy día las personas invocan a menudo el nombre de Dios sin tener relación con Él. No le otorgan el honor que le corresponde, mientras al mismo tiempo esperan recibir las bendiciones que proceden de Él.

A veces usamos el nombre de Dios al principio de una reunión (como invocación) o al final (como bendición), pero le excluimos de lo que sucede entre ambos puntos. Cuando no se comprende, valora y aprecia a Dios por quien es realmente, usar su nombre es como un robo de identidad. Sin embargo, Dios es plenamente consciente de

quién es y de su propia dignidad personal. No tiene una carencia de autoestima, ni está confuso respecto a su identidad.

Cuando a Dios no se le trata como se le debe tratar, no se lo toma a la ligera. No se adaptará a tu interpretación de su persona, ni manifestará su presencia en una situación en la que se menoscabe su valor o se abarate su carácter.

Dios exige que reconozcamos el valor de quién es de verdad. Él es el que es (el gran YO SOY), y es digno de recibir todo el honor. Por medio de la revelación de sus nombres a nosotros, Dios nos dice quién es Él, no quién pensamos que es o queremos que sea. Es el gran YO SOY, no el gran “Yo soy quien tú quieras que sea”.

Hay demasiadas personas que intentan conformar a Dios con sus propios deseos, pero a Dios no le puede definir nadie aparte de sí mismo. Si quieres descubrir y liberar el verdadero poder de Dios en tu vida, debes conocer sus nombres como Él los revela. Debes experimentarles en la pureza de su presencia.

Tomar el nombre de Dios en vano

¿Alguna vez ha intentado alguien definirte? Esta es la persona que intenta decirte quién eres sin primero conocerte de verdad. Muchas personas intentan hacer precisamente esto con Dios. Usan su nombre, pero de una forma incoherente con su naturaleza. Esto equivale a usar su nombre en vano. Por eso, si pones la mano sobre la Biblia ante un tribunal y juras decir “la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad”, y luego mientes, cometes perjurio. Lo que has hecho es incoherente con el carácter de Dios y con su nombre. Has usado el nombre de Dios en vano.

Para encontrar una buena ilustración bíblica del uso en vano del nombre de Dios, pensemos en la serpiente en el huerto del Edén. Preguntó a Eva: “¿Así que Dios ha dicho...?” (Gn. 3:1b). El diablo no tuvo ningún problema en mencionar el nombre de Dios. De hecho, sabía que no llegaría muy lejos con Adán y Eva si no introducía a Dios en la conversación. Pero utilizó el nombre de Dios en vano; lo usó fraudulentamente.

Desde Génesis 2:4 hasta 3:1a, a Dios se le llama “el Señor Dios” (*Jehová Elohim*). Como veremos más tarde, *Elohim* hace referencia a la capacidad creativa de Dios, y *Jehová* a la autoridad relacional de

Dios con la humanidad. Satanás omitió el nombre vinculado con la autoridad de Dios sobre la humanidad y se limitó a usar la palabra “Dios”. Esto es porque pretendía usar el nombre de Dios para sus propios fines, no los de Dios.

La gente hace esto constantemente cuando desean aprovecharse de la fama de las celebridades para sus propios propósitos egoístas. Por ejemplo, la mayoría habremos leído esa cita concisa que dice: “Sé el cambio que quieres ver en el mundo”, y enseguida atribuimos a Gandhi estas palabras. Después de todo, Gandhi intentó producir la transformación social y, a menudo, lo hizo a costa de un gran sacrificio personal. Tendría sentido que hubiese dicho algo tan clásico y breve que cupiera fácilmente en un adhesivo para coche o en una taza de café.

Sin embargo, Gandhi no dijo esto. De sus palabras, las que más se parecen son: “Si pudiéramos cambiarnos nosotros mismos, las tendencias del mundo cambiarían también. Cuando un hombre cambia su propia naturaleza, la actitud del mundo hacia él también cambia... No es necesario esperar a ver qué hacen otros”.

De hecho, si estudias la filosofía de Gandhi para el cambio mundial, entre sus pensamientos encontrarás una y otra vez la idea de que una sociedad injusta solo se puede cambiar mediante el esfuerzo de unos grupos humanos que trabajen en equipo para provocar la transformación. No sugirió que una sola persona pudiera introducir por sí sola un gran cambio.

De igual manera, a menudo se atribuye la siguiente cita a Nelson Mandela:

Nuestro mayor temor no es el de ser indignos. Nuestro mayor temor es tener un poder ilimitado. Lo que más nos asusta no es nuestra oscuridad, sino nuestra luz. Nos preguntamos: ¿Quién soy yo para ser brillante, atractivo, talentoso, fabuloso? En realidad, ¿quién eres para no serlo? Eres un hijo de Dios. Sentirte inferior no ayuda al mundo... Cuando nos liberamos de nuestro temor, nuestra presencia libera automáticamente a otros.

Un poco de investigación nos revela que esta cita es de la gurú de la autoayuda Marianne Williamson. Además, es un poco difícil de creer que una persona a la que acababan de poner en libertad, después de pasar 27 años de cárcel, hablara con tanto entusiasmo del valor de ser atractivo, talentoso y fabuloso. La cita no tiene sentido cuando uno estudia la vida del humilde y tenaz Mandela, que consiguió tanto mediante su resolución e incluso su sumisión.

A menudo la gente hace lo mismo con Dios y con la Biblia. Atribuyen diversos dichos a las Escrituras, como “A quien madruga Dios le ayuda” o “La limpieza se acerca a la santidad”. Tomar el nombre de Dios en vano consiste en mucho más que lo que hace un marinero que pronuncia palabras malsonantes o un adolescente que dice “¡Oh, Dios mío!” cada dos minutos.

Tomar el nombre de Dios en vano es aplicar métodos históricos revisionistas a la definición de quién es Dios. Supone definir a Dios en función de nuestros propios deseos, en lugar de conocerle como Él se define a sí mismo.

Queremos a un Dios que podamos entender fácilmente, un Dios al que podamos contener en un adhesivo para coche o una taza de café. Pero Dios no permitirá que le confinemos a nuestras pequeñas lámparas mágicas. Sus nombres reflejan su poder, al que solamente se accede al conocer quién es realmente, no al afirmar quién queremos que sea. Conocer los nombres de Dios es conocer su poder. Pero uno solo llega a su poder cuando conoce al gran “YO SOY EL QUE SOY”.

Hoy día muchas personas usan el nombre de Dios como lo hizo el diablo en el huerto: en vano. Si disociamos su nombre de su carácter, solo perpetuaremos el caos que el diablo introdujo en el mundo cuando lanzó su primer ataque contra la humanidad. Como Satanás, intentaremos redefinir a Dios usando mal sus nombres.

Temer el nombre de Dios

Dios quiere ser más para ti que una mera materia en un libro de teología. Quiere ser real para ti ahora mismo. Para conseguirlo, a veces permite que te veas envuelto en lo que parece una situación sin esperanza (o incluso *te lleva* a ella). Esto es lo que hizo con Marta y María cuando murió su hermano Lázaro. Permite que muera algo o

alguien que amas para que experimentes una resurrección. Lo hace porque sabe que cuando le veas como es realmente, cuando descubras el carácter implícito en su nombre, nunca volverás a ver la vida igual.

Con esta nueva comprensión de quién es Dios, basada en sus nombres, verás toda la vida de una forma distinta, incluso tus experiencias cotidianas y ordinarias. Dios quiere que las contemples a través de unos ojos espirituales, no solo de tus ojos físicos.

Muchas personas experimentan raras veces una resurrección en sus situaciones desesperadas porque están demasiado aferradas al mundo, porque intentan definir a Dios falsamente en función de quién quieren que sea. Están tan atadas a sus definiciones y expectativas físicas de los nombres de Dios que, al final, no logran captar la verdadera revelación espiritual de quién es Él.

Muchas personas no superan los problemas en sus vidas porque, sencillamente, desconocen el poder de Dios en medio de sus crisis. Es posible que intenten *usar* el nombre de Dios en todo momento, pero no *conocen* el nombre de Dios tal como Él se define a sí mismo.

Quiero asegurarte que, independientemente de a qué te enfren-tes hoy, *Dios es un Dios de esperanza, y te abrirá un camino para que experimentes la victoria en tu vida.* Pero la esperanza y la victoria que experimentes deben estar fundadas en la verdad de quién es Dios.

Cuando fijas la vista en el carácter de Dios y crees de todo corazón que sucederá lo que Dios ha dicho sobre su persona y lo que ha dicho sobre ti, podrá sacarte incluso de tus situaciones más tenebrosas. Lamentablemente, demasiadas pocas personas llegan a conocer la plenitud de la esperanza divina, simplemente porque no conocen, temen y reverencian el nombre de Dios. No consiguen conocerle como Él quiere.

En el Salmo 86:11, David escribió: “Enséñame, oh *Jehová*, tu camino; caminaré yo en tu verdad; afirma mi corazón para que tema tu nombre”. Temer el nombre de Dios nos capacita para andar por sus caminos y en su verdad. Temer su nombre es la clave para vivir una vida abundante y cumplir nuestro destino.

Cuando tememos el nombre de Dios, honrándole con nuestras vidas, podemos pedir todo lo que queramos y nos será dado. Jesús dijo: “En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os

digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido” (Jn. 16:23-24).

El nombre de Dios, y el de Jesucristo, traen protección y provisión. Pero la clave para acceder a esa protección y esa provisión está en conocer su carácter y apreciar a la persona que lleva ese nombre.

Por ejemplo, cuanto mejor conoces a alguien, más eficazmente puedes usar su nombre en tu vida. Si no conoces bien a la persona, cuando hablas de él o de ella los demás enseguida se dan cuenta de que usas su nombre sin fundamento. Lo mismo pasa con Dios. Si ve que conoces poco su carácter y no alineas los pensamientos y las elecciones de tu vida con su gobierno supremo, podrás usar su nombre todo lo que quieras, pero lo harás sin fundamento alguno.

Temer y reverenciar el nombre de Dios supone temer y reverenciar a Dios. Supone tomarle en serio. David escribe: “Tributad a Jehová, oh hijos de los poderosos, dad a *Jehová* la gloria y el poder. Dad a Jehová la gloria debida a su nombre; adorad a Jehová en la hermosura de la santidad” (Sal. 29:1-2). Cuanto mejor comprendas los nombres de Dios, más le adorarás. Cuanto mejor veas y experimentes la manifestación de Dios por medio de sus nombres en tu vida, más le glorificarás.

Si me conoces un poco, no te sorprenderá encontrar en todos mis libros una ilustración relacionada con el fútbol americano. Me encanta ese deporte. Si has visto algún partido, habrás comprobado que cuando los jugadores hacen una gran jugada, sobre todo cuando los defensas detienen al que lleva la pelota, retroceden y levantan los brazos como las alas de un ave que despega del suelo. Es una señal para los aficionados: “¡Aplaudan!”. En otras palabras, los jugadores dicen: “¿Han visto lo que hemos hecho? ¡Dennos el reconocimiento que merecemos!”. El estadio resuena con el clamor del público que reconoce una gran jugada.

Una y otra vez en las Escrituras, Dios se manifiesta de forma milagrosa en las vidas de las personas, conduciéndoles a victorias, derrotando a sus adversarios, enfrentándose a enemigos, atrapando pases ganadores, etc. Si observas a Dios de cerca cuando revela las diversas facetas de su carácter por medio de la manifestación de sus nombres, le “aplaudirás”. Le temerás, reverenciarás y adorarás porque habrás

experimentado la grandeza y el poder del único Dios verdadero. Si prestas atención, amigo, *aplaudirás*. Le darás tu alabanza.

¿Te ha levantado Dios esta mañana? ¿Ha suplido todas tus necesidades? ¿Ha puesto comida en tu mesa, te ha mantenido a salvo, ha sanado tu cuerpo? ¿Tienes ropa que vestir, refugio y cordura? O incluso si, como Job y otros personajes bíblicos que sufrieron, has pasado por pruebas, ¿te ha ofrecido Dios la plenitud de su presencia y de su paz cuando te has humillado delante de Él?

Por todas estas cosas y más, debemos honrar y temer su gran nombre. Cuando honramos, conocemos y experimentamos sus nombres, descubrimos el poder no solo para enfrentarnos a las circunstancias de la vida, sino también para alzarnos muy por encima de ellas en la abundancia de sus misericordias y su gracia.

Ahora que iniciamos nuestro estudio de los nombres de Dios, ¡prepárate para aplaudirle! Disponte a descubrir a Dios de formas que nunca has imaginado, y a conocerle y experimentarle por medio de sus nombres poderosos y majestuosos.

2

ELOHIM

EL DIOS CREADOR PODEROSO

Hoy día, en los círculos empresariales, sobre todo en los ámbitos de las ventas, el mercadeo y la publicidad, el “*branding*” (la creación de una marca) se ha convertido en un término de moda. Esta idea conlleva la formación conceptual de perspectivas que van más allá de la mera nomenclatura, llegando al meollo y la identidad de lo que se ha sometido a ese proceso. Las empresas invierten millones de dólares en la creación de marcas, con la esperanza de convencer a sus clientes de que sus productos o servicios son valiosos.

Si te dijera la palabra Chanel, en tu mente surgiría una imagen. Si te dijera Apple, Gucci o Ford, asociarías esas marcas con un valor. Como las empresas y las corporaciones pretenden venderte sus productos, se esfuerzan mucho por vincular con su nombre, su producto o su marca una alta calidad y una asociación positiva.

Este libro explora los nombres de Dios, de manera que entender lo que contiene un nombre y la importancia que tiene es esencial para echar los cimientos de la identificación con los nombres de Dios.

The Urban Alternative, el ministerio radiofónico sin ánimo de lucro que mencioné antes, se sometió hace poco a una estrategia de *branding*. Fue tan intrigante como esclarecedor descubrir lo realmente importante que es el desarrollo de la marca, y los pasos más esenciales en el proceso.

Para el novato, el *branding* conlleva el diseño de un logo bonito, la elección de un lema o la decisión de qué colores usará la empresa en su página web o en sus materiales impresos. Sin embargo, para

el experto una marca es mucho más que eso. El mejor logo, el lema más pegadizo y los colores más brillantes harán poco por aumentar el valor de una marca si al producto le falta autenticidad.

Tu marca es tu identidad, tu reputación y la percepción que otros tienen de ti. Cuando la gente habla de la marca Apple, no hablan del símbolo de una manzana a la que le han dado un mordisco. Hablan de lo que representa la compañía Apple: aparatos electrónicos de alta calidad, creativos, eficaces y de tecnología punta.

El énfasis primordial para cualquier campaña de creación de marca debería ser la fortaleza organizacional, la identidad y los mensajes. El logo mejor diseñado y más memorable no conseguirá gran cosa si no lo respalda la fortaleza de un producto y de una organización.

En su libro superventas *Brand Warfare* [La guerra de las marcas], David D'Alessandro, director gerente de John Hancock, escribe lo siguiente sobre el *branding*:

Por definición, la “marca” es cualquier cosa en la que piensa un consumidor cuando escucha el nombre de tu empresa. Gracias a la revolución de la información, hoy día “cualquier cosa” incluye las prácticas laborales, los controles de calidad, el registro medioambiental, el servicio de atención al cliente y todo rumor que circule por Internet.*

Tu marca incluye el modo en que la gente te percibe, tu liderazgo, organización, servicio, métodos y cualquier otra cosa relacionada con cómo llegaste a ser quien eres, cómo funcionas o lo que haces. Para convencer a la mente humana es necesario mucho más que un logo; debe tocar el corazón y activar las manos. Una marca es la *creación y la puesta en práctica de un paradigma organizacional que produce una atmósfera coherente para todo aquel que entra en contacto con tu nombre*.

En otras palabras, el nombre importa. Importa tanto que los hombres, las mujeres y las compañías registran sus nombres. Lo hacen para evitar el uso no autorizado de ellos. No quieren que otras

* David D'Alessandro, *Brand Warfare* (Nueva York: McGraw-Hill, 2002), xiv.

personas anden usando sus nombres, aportando así un significado ilegítimo a sus marcas.

Por ejemplo, en el mundo global de las redes sociales, a veces las personas roban el nombre de otros para beneficiarse de la integridad asociada con ese nombre. He sido testigo directo de esto, durante los dos últimos años, porque un impostor ha utilizado repetidamente mi nombre en los medios sociales para pedir fondos para un orfanato en África. Por supuesto, es probable que no se trate de un orfanato legítimo, porque ese individuo usurpa el uso de mi nombre y pide que la gente le envíe dinero directamente a su cuenta bancaria. Cada vez que alguien me pregunta sobre el mal uso que se hace de mi nombre, les digo que es un fraude. Me han secuestrado el nombre.

Como ves, los nombres son importantes.

A medida que vayamos conociendo a Dios por medio de nuestro descubrimiento de sus nombres en las Escrituras, veremos que el Señor ha creado una marca para cada uno de ellos. No son meras palabras; tras cada nombre hay algo más. Las personas pueden intentar secuestrar los nombres de Dios para cualquier propósito egocéntrico, pero el nombre de Dios está registrado espiritualmente, de modo que nadie pueda acceder ilegítimamente al poder y a la autoridad vinculados con él.

Los nombres de Dios importan. A cada uno lo acompaña un conjunto de cualidades de carácter, promesas y significados. A menos que conozcas y comprendas plenamente estas cosas, corres el riesgo de no acceder a ellos o no usarlos del modo que Él ha diseñado.

En el capítulo anterior vimos la importancia y la majestad de los nombres de Dios. En este capítulo quiero que conozcas el primer nombre que Dios nos revela en las Escrituras, *Elohim*. Este nombre figura en Génesis, el libro de los principios, y lo descubrimos en el primer versículo de todos: “En el principio creó Dios [*Elohim*] los cielos y la tierra”.

Estas palabras situadas al principio de los tiempos revelan una profunda cualidad del carácter de Dios: que es creador. Es la introducción de Dios, su preludio. Es la primera impresión de sí mismo que ofrece a su creación. En esencia, Dios dice: “Hola, soy *Elohim*”.

Las primeras impresiones a menudo son las que permanecen. ¿Por qué optó Dios por presentárenos como *Elohim*, el Dios creador

poderoso? Uno de los motivos primarios podría ser que quiere que reconozcamos que es trascendente, que es distinto a su creación. Dios no está amalgamado con ella. No es un árbol, un río o una mariposa. En lugar de formar parte de su creación, Dios está por encima de ella y es externo a ella.

Otro motivo por el que Dios se nos presenta con su nombre *Elohim* es para que sepamos que está libre de los límites del tiempo. Cuando leemos “en el principio creó Dios”, discernimos que Dios creó el principio. Dios creó el tiempo. Y si Dios creó el tiempo, entonces Dios precedió al tiempo, porque no podría haber creado algo que ya existiera. Si el tiempo no empezó hasta que Él lo creó, Dios debía estar presente antes de que existiera.

Cuando tú o yo hablamos del concepto del tiempo lineal, no podemos encajar a Dios en su interior, porque Dios existe fuera del tiempo. Lo único de lo que somos conscientes que existe fuera del tiempo es la propia eternidad, de modo que Dios no está limitado por el tiempo, sino que vive en la eternidad. El tiempo es una limitación con la que tenemos que bregar, pero no es un problema para Dios.

Por eso, cuando la Biblia se refiere a Dios, usa el lenguaje de la eternidad. Además de esto, las Escrituras también se refieren a Dios en tiempo presente. Tú y yo tenemos un ayer, y también un mañana. Los tenemos porque estamos sujetos al tiempo. Sin embargo, Dios no tiene ni ayer ni mañana. Para Dios todo sucede ahora, porque no tiene ni pasado ni futuro. Es el Dios del ahora, el siempre presente.

Cuando lleguemos al cielo, entenderemos mejor qué significa estar con un Dios del ahora. Experimentamos qué es no tener noche, ni reloj que mida el tiempo que pasa, ni el transcurso de los segundos, los minutos o las horas. Conoceremos una vida sin proceso de envejecimiento. Todas las cosas estarán en el ahora, tanto si son simultáneas como si están a mil millones de años de distancia. Para siempre, todo sucederá *ahora mismo*. No te canses dándole muchas vueltas a este tema. La idea central es simplemente que *Elohim*, el Dios creador poderoso, trasciende el tiempo.

Elohim está aquí, allí y en todas partes

Elohim trasciende no solo el tiempo, sino también el espacio. En otras palabras, antecede a su creación. Existe antes que todas las co-

sas que ha hecho... tanto los cielos como la tierra. (Esto es lo que yo llamo un “merismo”: dos palabras contrastadas que describen un todo. “Los cielos y la tierra” representan toda la creación.) Antes de que Dios crease la humanidad, creó una localización, un espacio en el que existiría aquella. Para que Dios pudiera crear ese espacio, debía estar fuera del mismo.

Tú y yo conocemos y experimentamos solamente los cielos y la tierra. No comprendemos nada que escape a los cielos y la tierra, porque existimos en ese espacio. Sin embargo, Dios existía cuando ese espacio no estaba. Por consiguiente, Dios no solo trasciende el tiempo, sino también el espacio y la materia.

Todo lo que vemos está vinculado a la materia. La materia es la sustancia de todo lo que tenemos. “Materia” se refiere a los componentes físicos del universo. Para que Dios estuviera fuera del tiempo, el espacio y la materia, debía existir en otra dimensión que no esté vinculada con esos tres factores tal como lo está la nuestra.

Si Dios no está sujeto al tiempo, el espacio y la materia, opera en otro ámbito. Ese es precisamente el motivo por el que tú y yo no podemos comprenderle. No pertenecemos a su entorno, a su dimensión. No podemos concebir todo lo que contiene esa dimensión. Somos como un engranaje en un reloj que intentase comprender los sucesos a su alrededor en lugar de limitarse a medir el tiempo.

Contemplamos la dimensión de Dios desde la perspectiva de la nuestra, lo cual supone todo un reto, porque no tenemos ni la menor idea de cómo es su dimensión. Por lo tanto, no podemos apreciar ni siquiera una parte de la dimensión de Dios, a menos que Él nos la explique.

Algunos teólogos se refieren a *Elohim* como “el Otro santo”, que puede definirse como algo de lo que no somos conscientes. Sin embargo, una mirada más profunda a los nombres de Dios construidos a partir de la raíz *Elohim* revela a un Dios que también habita en el entorno que conocemos. El profeta Jeremías nos ofrece un atisbo de este delicado equilibrio de la presencia de Dios:

¿Soy yo Dios de cerca [*Elohei Mikarov*] solamente, dice *Jehová*, y no Dios desde muy lejos [*Elohei Merachok*]? ¿Se ocultará alguno, dice *Jehová*, en escondrijos que

yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra? (23:23-24).

Este pasaje de Jeremías revela que Dios es tanto trascendente como inmanente. Está aquí, allí y en todas partes. *Elohim* creó los cielos y la tierra, existiendo fuera de ellos. Sin embargo, *Elohim* también llena los cielos y la tierra, existiendo en ellos. Está en todas partes de forma inmanente. El término teológico que se usa para describir esto es “omnipresencia”. Dios está en todas partes al mismo tiempo.

La mejor manera que conozco de ilustrar la omnipresencia de Dios es hablando del aire. El aire existe en todas partes. Vayas donde vayas, estarás dentro de la atmósfera porque esta rodea todo nuestro planeta. Dios es como la atmósfera. Su presencia atmosférica existe en todos los lugares de la tierra.

Sin embargo, debido a su trascendencia, no está limitado a este mundo. Aquí es donde la ilustración entre el aire y Dios se viene abajo, porque cuando abandonas la gravedad de la tierra, sales del aire. Sin embargo, cuando dejas la omnipresencia divina en la tierra, Él también está en la existencia trascendente extraterrena. De hecho, otro nombre de Dios, que no tendremos espacio para examinar a fondo en este libro, nos habla de esta presencia. Se trata de *Jehová-sama*, “el Señor está allí”.

Está aquí, pero también está allí. Dios está tanto allí como en el punto de partida, al mismo tiempo. Su silencio no es indicativo de su ausencia, dado que está en todas partes. Su distancia tampoco contradice su presencia.

Jehová-sama también se refiere a la ciudad de Jerusalén como un tipo de la Iglesia evangélica (Ez. 48:35). Es donde Él manifiesta su presencia en medio de su pueblo.

Elohim es personal

Con tanto hablar de que Dios está aquí, allí y en todas partes, podríamos sentirnos tentados a pensar que es como una fuente energética. Sin embargo, el nombre *Elohim* no significa que Dios sea eso. La Biblia nunca diría “Que la Fuerza te acompañe”. De hecho, cuando seguimos analizando Génesis 1, vemos que el nombre *Elohim* se asocia con ciertos atributos muy personales:

Y *dijo* Dios [*Elohim*]: Sea la luz; y fue la luz. Y *vio* Dios que la luz era buena; y *separó* Dios la luz de las tinieblas. Y *llamó* Dios a la luz Día, y a las tinieblas *llamó* Noche (vv. 3-5).

Dios dijo, Dios vio, Dios separó y Dios llamó. Cada uno de estos actos revela claramente el carácter muy personal y participativo de Dios. No es un mero espíritu que flota en el País de Nunca Jamás. Pertenece a otra dimensión (y nunca debemos de perder de vista este concepto), pero también es intensamente personal. Si saltamos un par de capítulos hacia delante en el relato del Génesis, le veremos caminando por el huerto en el frescor del día, y llamado a Adán y a Eva (Gn. 3:9).

Por lo tanto, si nos referimos a Dios como una energía, un concepto, una fuerza o una teoría, no nos referimos a *Elohim*. Como *Elohim*, Dios interactúa personalmente con su creación. En otras palabras, tú y yo no vivimos en un universo impersonal. No residimos en un universo en el que no hay nadie con quien relacionarnos, alguien que está por encima y más allá, y sin embargo con nosotros.

Muchas personas que defienden la teoría de la evolución creen que el universo no tiene un Ser supremo o un Dios con quien podamos relacionarnos. Interactuamos con la naturaleza o con fuerzas invisibles e inidentificables. No obstante, nuestro universo es personal porque *Elohim* también lo es.

Elohim es plural

Elohim no es solo personal, sino también plural.

En realidad, el término *Elohim* es la versión plural de la palabra *El*, o *Eloah*. El aspecto interesante de este término en plural es que se refiere únicamente a una deidad singular. En Génesis 1 leemos: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza... Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (vv. 26-27).

Las Escrituras, cuando se refieren a *Elohim*, usa pronombres tanto en singular como en plural. Normalmente sus obras se describen con formas verbales en singular. Por lo tanto, por su construcción, *Elohim* es un plural, pero a menudo es una palabra en singular por su

uso, que revela la composición inimitable de la Trinidad. Dios es un ser plural, aunque existe como un solo Dios.

A veces Dios introduce un concepto en la Biblia y más tarde lo explica. A esto lo llamamos “revelación progresiva”. En este caso vemos la forma plural de *Elohim* en Génesis sin encontrar más pistas sobre la Trinidad. Lo único que sabemos es que *Elohim* hace referencia a más de una persona. A medida que se amplía la revelación, Dios explica la Trinidad más a fondo, de modo que cuando alcanzamos el Nuevo Testamento, leemos: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del *Padre*, y del *Hijo*, y del *Espíritu Santo*” (Mt. 28:19).

Allí vemos por fin a las tres personas distintas, con una sola esencia, que componen el nombre plural de *Elohim*. Nos cuesta entender cómo tres personas pueden ser una sola. La mejor ilustración que se me ocurre es la de un *pretzel*, una de esas galletas saladas en forma de ocho. Un *pretzel* está compuesto de una porción de masa cocida que forma como un nudo, aunque tiene tres agujeros claros. Estos tres agujeros están separados, pero también conectados unos a otros en la galleta salada.

Elohim es el Creador

Al principio de las Escrituras, Dios se identifica a sí mismo como *Elohim* 35 veces. De hecho, *Elohim* es el único nombre que usa Dios de Génesis 1:1 a Génesis 2:3. Más tarde, en su Palabra encontramos otros nombres que usa en la revelación personal de su carácter, pero *Elohim* es el que más se subraya al principio.

Creo que uno de los motivos de este énfasis sobre este nombre concreto de Dios es que, ya de entrada, Él quiere que entendamos su poder. La traducción literal del nombre *Elohim* es “el fuerte”. Habla de la soberanía y de la autoridad de Dios, reflejando la grandeza de su poder.

El nombre *Elohim* también identifica a Dios como creador. Al principio, *Elohim* (el fuerte) creó. En la Biblia, el verbo “creó” solo se usa para referirse a Dios, nunca en referencia a los hombres. Esto se debe a que los hombres reconfiguran, recalibran o reforman cosas. La humanidad no crea nada a partir de la nada. Carecemos del poder, el ingenio y la capacidad de crear desde cero. Dios, por otro lado, *sí* crea de la nada, *ex nihilo*.

El libro de Hebreos describe la capacidad creativa de Dios: “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía” (He. 11:3).

El autor de Hebreos nos dice no solo que el Dios fuerte y poderoso creó las cosas visibles partiendo de las invisibles, sino también que Dios creó los mundos (plural). Y creó los planetas sin tener materias primas con las que trabajar.

Ahora bien, no sé a cuántos inventores conoces, pero es muy improbable que conozcas a uno que inventase algo a partir de la nada. Todo el que diseña, construye o crea algo en el planeta Tierra usa algo para ese fin. Solo Dios, *Elohim*, crea algo a partir de la nada.

De hecho, Dios ni siquiera tuvo que usar sus manos para crear: su palabra fue suficiente. En Génesis 1 nos maravilla que todo lo que Dios tuviera que hacer fuera mandar que el mundo existiera y tuviera orden.

Quizá este sea un motivo por el que Dios parece enfadarse u ofenderse cuando dudamos de su poder. Por ejemplo, cuando Abraham y Sara dudaron de que Dios podía concederles un hijo, Dios contestó: “¿Hay para Dios alguna cosa difícil?” (Gn. 18:14). Crear un bebé en la matriz marchita de una mujer no era nada comparado con crear los mundos a partir de la nada.

De forma parecida, cuando la virgen María se preguntó cómo ella, siendo virgen, podría dar a luz, el ángel salió directamente al paso de su preocupación: “Nada hay imposible para Dios” (Lc. 1:37).

Amigo, da lo mismo la situación a la que te enfrentes hoy o el reto que intentes superar: quiero animarte a recordar el nombre *Elohim*.

El Poderoso no necesita materias primas con las que trabajar. No necesita soluciones lógicas o tangibles para alcanzar sus objetivos. Lo único que necesita es a sí mismo, y lo único que necesitas tú es tener fe en su nombre, sabiendo que puede hacer todo lo que se proponga.

Con demasiada frecuencia nos quedamos atascados intentando dilucidar la solución para nuestros problemas. En lugar de intentar visualizar cómo enderezará Dios nuestra situación, resolver tus pruebas o arreglar tus errores, recuerda su nombre. *Elohim* puede crear algo de la nada. Lo ha hecho antes, y sigue haciéndolo hoy día. Después de todo, creó los mundos solo con pronunciar la orden de que existieran.

El acto creador de Dios hace que toda la vida sea religiosa. Dios invita a la ciencia a que estudie la creación que Él hizo, para aprender y descubrir más cosas acerca de Él (Job 12:7-9). La evolución sostiene que nadie más nada es igual a todo. Lo que pretende en última instancia es librarse de Dios. Pero los relojes tienen relojeros, los cuadros pintores, los diseños diseñadores, y la creación tiene un Creador.

En 1997, el telescopio Hubble alzó el vuelo para permitirnos contemplar a través de su lente poderosa lugares que nunca antes habíamos conocido ni visto. Por medio de este telescopio gigantesco descubrimos un impresionante número de otras galaxias aparte de la nuestra. Nuestro pequeño mundo no es más que una parte de una galaxia diminuta. Y nuestra galaxia, la Vía Láctea, no es más que una espiral pequeña y achatada cuando se la compara con la vastedad de otras galaxias. Sí, es cierto que tenemos el sol y la luna y nuestro pequeño espacio como los otros planetas que nos rodean. Sin embargo, el telescopio Hubble reveló que somos solamente uno entre muchos. En otras palabras, no somos el centro del universo, como en otra época pensamos serlo.

En realidad, los científicos informan que cada una de las entre 100.000 y 200.000 millones de galaxias que han descubierto tiene hasta 100.000 millones de estrellas dentro de ella. Y si esa cifra de entre 100.000 y 200.000 millones de galaxias, cada una con 100.000 millones de estrellas, es una cifra demasiado grande para tu mente, piensa en la galaxia de Andrómeda.

Andrómeda está a una distancia de unos 2,5 millones de años luz de nosotros. (La luz viaja a unos 299.792 km/h). Por lo tanto, si tuvieras amigos que viviesen en Andrómeda y les enviaras un mensaje a la velocidad de una onda de radio (que viaja a la velocidad de la luz), recibirías su respuesta al cabo de unos cinco millones de años. Por muy inteligente que sea tu teléfono móvil, no puedes enviar un mensaje de texto a Andrómeda.

Y lo único que hizo Dios (*Elohim*) fue *decir* algo. Se limitó a pronunciar las palabras y se formaron los mundos. (Me alegro de que no gritase.)

Por lo tanto, antes de que Dios nos muestre su amor, su paternidad o su gracia, se nos presenta como *Elohim*, el Dios grande y

Todopoderoso. Y quiere dejar claro desde el principio que es el Dios omnisciente, omnipotente y omnipresente.

Elohim es el restaurador

Hasta ahora nos hemos centrado en nuestra comprensión del nombre *Elohim* en Génesis 1:1. Sin embargo, en el versículo 2 aparece algo muy interesante y relevante para nuestras vidas cotidianas: “Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”.

La expresión hebrea traducida como “desordenada y vacía” es *Tohu wabohu*. Esta expresión significa, básicamente, “un yermo o un vertedero”. Habla de un lugar totalmente inhabitable, sin forma y carente de vida.

En ese momento, el mundo era un yermo, pero en Isaías leemos que Dios no creó ese yermo. “Porque así dijo Jehová, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, para que fuese habitada la creó...” (Is. 45:18).

Este pasaje revela que Dios no creó algo en vano. Sin embargo, en Génesis leemos que la tierra estaba desordenada. De manera que en algún punto, entre Génesis 1:1 y Génesis 1:2, la tierra estaba desolada, lo cual es exactamente lo que pasó cuando cayó Satanás. Isaías 14 y Ezequiel 28 nos dicen que Satanás se rebeló contra Dios y fue expulsado del cielo, cayendo al planeta tierra.

Es decir, que en la tierra tenemos vaciedad y basura porque alguien echó aquí esas inmundicias. Satanás y sus demonios fueron expulsados del cielo a la tierra, haciendo que el planeta fuera inhabitable y destructivo (Is. 14:12-17). Satanás hace exactamente lo mismo en nuestras vidas por medio del pecado. Toma la belleza de la creación de Dios, la obra maestra que somos todos nosotros, e intenta convertir nuestras vidas en páramos.

Por eso es conveniente que recuerdes el nombre *Elohim* y lo tengas cerca del corazón. Las Escrituras nos dicen que *Elohim*, en su pluralidad, se cernía sobre la desolación de la vida y aportó orden, redención y belleza. Creó la luz (Gn. 1:3) y convirtió lo que había sido un pantanal en una separación entre la tierra y el agua. Hizo de la tierra un lugar habitable. Vino a algo que Satanás había arruinado y lo restauró.

Una de las grandes lecciones que aprendemos de *Elohim* es que, además de crear algo a partir de la nada, Dios puede tomar algo que el diablo ha estropeado y arreglarlo. Puede enderezarlo todo.

Cuando Satanás intenta convertir tu vida en un caos, el Espíritu de Dios puede hacerla hermosa de nuevo. Cuando Satanás intenta traer muerte donde antes hubo vida, el Espíritu de Dios puede avivarte de nuevo. Eso por sí solo debería bastar para aportar esperanza al herido. Debería bastar para hacer que tu corazón se remonte otra vez al ámbito de la fe. *Elohim* es un Dios que puede transformar un desastre en un milagro. Transforma la oscuridad en luz. Transforma los rincones desolados e inhabitables de tu alma en lugares de crecimiento fértil.

Y, cuando lo hace, quiere que tú y yo le reflejemos. Génesis 1:26 nos dice cuál es uno de nuestros propósitos principales: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”. Una imagen es un espejo. Por la mañana, cuando te miras al espejo para prepararte para el nuevo día, tu imagen te mira desde el espejo. Te refleja con precisión.

Cuando Dios hizo a la humanidad a su imagen (a la imagen del *Elohim* trino, plural), le otorgó una posición más elevada que a todos los demás seres creados. No pidió a las flores que llevaran su imagen. No pidió a los animales que fueran portadores de ella, ni tampoco a los peces. Solo a la humanidad se le concedió el privilegio y la capacidad grande y maravillosa de ser reflejo de Dios.

Todos los otros seres creados dan testimonio de la majestad de Dios, pero solo la humanidad lleva su imagen. Tú y yo hemos sido creados para reflejar lo divino en la historia. Debemos reflejarle porque ha grabado su imagen en nosotros.

Un tiempo de reposo

Ahora que empezamos nuestra inmersión en las aguas profundas de los nombres de Dios es posible que digas: “Eso es estupendo, Tony. Ya he aprendido un poco de hebreo. Genial. Pero ahora en serio: ¿qué tiene esto que ver conmigo, en mi hogar cotidiano, con mis hijos alborotadores y las discusiones con mi cónyuge?”. O, si eres soltero: “¿Qué tiene esto que ver con mis noches de soledad o con la búsqueda de un sentido personal? ¿Y con mi economía? ¿Y con mi salud?”.

Amigo, tiene una relación directa con todo eso. Lee Génesis 2:1-3:

Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación.

El primer día, Dios creó. El segundo día, Dios creó. Los días tercero, cuarto, quinto y sexto, Dios creó. Y después de haber creado durante todos y cada uno de esos días, dijo: “Esto es bueno. Es bueno”. Dios dejó la creación de la humanidad para el sexto día, de modo que esta no tuviera que vivir en las tinieblas. Esperó hasta que el resto de su creación estuvo preparada para recibir al hombre, y luego lo creó.

Por último, llegó al séptimo día y dijo: “Esto es bueno en gran manera”. Hasta ese momento, había dicho que lo demás era bueno. Después de crear a la humanidad, dice que la creación era “*muy* buena”. Entonces descansó, lo cual es interesante porque no parece que tuviera que trabajar mucho para hacer su obra. Después de todo, solo tuvo que hablar para que existiera. Seguramente ni se manchó las manos. Por lo tanto, cuando leemos que Dios descansó, no debemos pensar que se había cansado y dejó de trabajar.

Más bien lo que esto significa es que había acabado, que no le quedaba nada por hacer. Había concluido lo que se propuso hacer. Fue entonces cuando decidió santificar el séptimo día. Santificar algo significa separarlo como una cosa única y especial. Declaró que su día de reposo sería distinto de todos los otros días. Ten en cuenta que no santificó los días de trabajo; santificó el día de reposo.

No santificó el día en que lo preparaba todo, en que hacía todo su trabajo, en que dotaba de existencia a todas las cosas. El día que señaló como especial fue aquel en que eligió descansar. De hecho, Dios traslada este concepto del reposo durante todo el Antiguo y el Nuevo Testamento, relacionándolo también con otros temas. En el Antiguo Testamento, Dios no solo dijo que recordáramos el día de reposo para santificarlo, sino que también consagró cada séptimo año como año sabático de reposo.

A los israelitas se les mandó que dejaran descansar la tierra cada siete años, sin cultivarla (Lv. 25:3-7). Y Dios declaró que cada cuatragésimo noveno año (siete multiplicado por siete) sería un año de jubileo: la restauración del orden por medio de la introducción de los principios sabáticos de reposo y libertad (Lv. 25:8-17).

En el Nuevo Testamento nunca se nos dice que guardemos el sábado como día de reposo. De hecho, en el Nuevo Testamento leemos que no debemos permitir que nadie legisle nuestros días por nosotros (Col. 2:16-17).

Habitualmente, durante la era de la Iglesia, tenemos un día de reposo, el domingo, porque ese es el día en que Cristo resucitó de la tumba. Independientemente del día, el principio del descanso sabático sigue vigente hoy. En el libro de Hebreos, Dios nos expone el principio del descanso, sobre todo relacionado con la obra de la creación. Leemos: “Porque en cierto lugar dijo así del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día” (He. 4:4). Si adelantamos hasta los versículos 9-11, leemos la aplicación personal que tiene hoy para nosotros: “Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas. Procuremos, pues, entrar en aquel reposo”.

Cuando Dios concluyó todo lo que necesitaba hacer para crear los mundos y todo lo que contienen, pudo descansar. El motivo de que pudiera hacerlo es que infundió a su creación la capacidad de reproducirse.

Por ejemplo, dio semillas a las flores para que pudieran perpetuar su existencia. Dio a los animales el impulso y la capacidad de procrear. Asignó tareas a los insectos y a las aves de los cielos para que colaborasen en la polinización, con objeto de conservar la vegetación. Y cuando creó al hombre y a la mujer, les otorgó el milagro del nacimiento.

Dios solo tuvo que crear una vez. No creó y luego recreó, recreó y recreó. No, cuando *Elohim* creó los mundos, introdujo en su creación la capacidad de reproducirse durante las generaciones venideras.

Dios nos dice por medio de este pasaje en Hebreos 4 que, de igual modo, ha ordenado un reposo para nosotros. Primero, creó un descanso para el pueblo de Israel. Se le llamó la Tierra Prometida. En

ella, otros ya habían excavado pozos, levantado viviendas y cultivado la tierra. Mientras los israelitas estuvieron cautivos en Egipto, Dios preparaba un lugar para ellos. Lo único que debían hacer era entrar en ese territorio y disfrutarlo.

Y ahora Dios ha dispuesto un reposo para ti. Si perteneces a Jesucristo, formas parte del pueblo de Dios. Como miembro de la familia de Dios, puedes acceder al reposo sabático que tiene para ti. Se le llama reposo sabático porque ya se ha completado.

En lugar de intentar que Dios haga algo por ti, puedes descansar en lo que Dios ya ha hecho. Ya ha preparado obras que puedas hacer de modo que camines en ellas. No tienes que hacer estratagemas, manipular o cansarte intentando vivir tu vida según la voluntad de Dios.

Las Escrituras dicen: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Ef. 2:10). Dios ya ha hecho por ti todo lo que va a hacer. Dios ya ha planificado todo lo que harás. Dios ya se ha hecho el propósito de todo aquello que quiere que hagas en tu vida.

Tu misión como seguidor de Jesucristo no es la de intentar ser más listo que Dios, intentando trazar tu propio destino personal con tus fuerzas. Dios ya ha trazado el mapa de tu vida, y es una *buena* vida, llena de futuro y de esperanza (Jer. 29:11). Es un plan que se perpetúa solo. Lo único que tienes que hacer es obedecerle plenamente, de manera que entres en el reposo que ha planeado para ti.

No tienes que crearlo. *Elohim*, el Dios creador, ya lo ha creado. No tienes que luchar por ello. *Elohim*, el Dios poderoso, ya lo ha organizado. No tienes que ir a buscarlo. *Elohim*, el Dios personal y omnipresente, te lo revelará cuando le busques cada día.

Tu propósito lleva tu nombre. Tu paz lleva tu nombre, como lo tiene también tu provisión, tu bienestar, tu descanso. Sin embargo, ten en cuenta que los israelitas que salieron de Egipto no entraron en el reposo de Dios porque querían tirar la toalla antes de entrar en él. Querían ir por su propio camino en el desierto, y no por el de Dios. Debido a esto, perdieron el privilegio al reposo que era suyo por derecho.

Amigo, no quiero que te pierdas el reposo que *Elohim* ha creado

para ti. Quiero que completes la obediencia a la que te ha llamado, y camines en sus senderos incluso cuando no parezcan tener sentido (Pr. 3:5-6). Cuando lo hagas, descubrirás que la fortaleza y el poder que proceden de un Dios Todopoderoso (*Elohim*) pueden hacer por ti cosas que ni siquiera podías imaginar.

Me encanta el pasaje de las Escrituras que nos dice que Dios se encargará de todo cuando nos sometamos a Él y le obedecemos. Leemos: “Por demás es que os levantéis de madrugada, y vayáis tarde a reposar, y que comáis pan de dolores; pues que a su amado dará Dios el sueño” (Sal. 127:2).

Por la noche puedes dormir en paz porque eres el amado de Dios, te has sometido a su señorío y a su gobierno integral, y Él obra mientras tú roncas. Puede manejar las situaciones de tu vida, hacer las conexiones e intersecciones que necesitas, y darte sabiduría para tomar las decisiones que te acercarán cada día más al cumplimiento de su voluntad; todo esto si se lo permites, viviendo una vida de entrega a Él.

Elohim puede hacer algo a partir de la nada. Puede hacer que se convierta en algo grande incluso cuando no parezca que pase nada. Puede imponer orden al caos. Su nombre es grande porque es *Elohim*, el grande y poderoso.